

—Son unos intrigantes de mala ley:—dijo Milán cuando X..... hubo concluído—buscan el medio de vivir aparentando lo que en el fondo no son. Afortunadamente para su enviado, ya estaré lejos cuando llegue, si es que llega, pues lo dudo, porque tenemos al enemigo en el “Puente Nacional,” y no se atreverá á pasar; pero por las dudas, daré mis órdenes al Comandante Grajales, que queda al frente de la Comandancia militar durante mi ausencia, para que le asiente la mano. ¿Conoce vd. al Teniente Coronel Grajales?

—Sí, señor, y debó ir á presentármele luego que vd. me lo permita.

—Pues póngalo al corriente de todo, diciéndole de mi parte que si llega el sujeto en cuestión, lo mande aprehender y que me dé parte, manteniéndolo incomunicado hasta que yo resuelva.

El Capitán Lainez, Ayudante del Gobernador, llegó en esos momentos para comunicar que todo estaba preparado para la marcha. El Coronel y X..... salieron juntos hasta la puerta del hotel, donde ya esperaban los oficiales Azpe y Suárez, y el Jefe del Estado Mayor, Ayala, quienes se despidieron de su antiguo camarada.

—Tiene vd. veinticuatro horas para descansar,—dijo Milán al Capitán X..... al tiempo de montar su impaciente caballo—y lo espero en Huatusco el sábado en la tarde, para darle instrucciones y una comisión que desempeñará al regresar á la costa.

Luego partieron á media rienda, despertando la curiosidad de los vecinos, que salieron presurosos á puertas y ventanas al oír el estruendoso ruido que hacían los férreos cascos de las cabalgaduras al galopar sobre el duro empedrado.

—¡Ah, qué calles tan *empinadas*, *caray!*—exclamó Prudencio cuando aquél se entraba á su aposento.—*Le juro* que me voy á romper la *crisma* si *trepo* sin ver donde pongo los pies... ¡Y á esto le llaman calles! ¡Qué *demonstre!* ¡Estas son *barrancas*.!

—¡Calla, mentecato.....! ¿Has cuidado que se atienda bien á los caballos?

—Antes de irme á la cocina..... que bien lo necesitaba.

Después de este corto diálogo, X..... se hizo cepillar la ropa, mudóse de limpio y salió para presentarse al Teniente Coronel Grajales, habiendo ordenado antes á su asistente que dijera á Rojas que fuera al anochecer para recibir órdenes.

—¡Vaya con mi Capitán!—murmuró Prudencio luego que quedó solo, y mirando por todas partes—¿dónde *dianches* sé yo que está el cuartel del..... del..... vecino, ó de la vecina..... ó del vecin..... *diablos* que han de cargar conmigo.

—Del Vecindario, amigo, del Vecindario,—se apresuró á indicarle un viejecillo que hacía rato lo estaba mirando sentado á la puerta del zaguán, y que era el administrador del Hotel.

—Pues sea del Vecindario, *tío*, no por eso sé dónde queda: ¿acaso he venido yo nunca á esta tierra llena de cuevas y lomas? ¡Ave María Purísima! Se necesita ser conejo ó *saltaparedes* para trepar sin desbarrancarse.

El viejecillo llamó á un sirviente para que guiara á Prudencio, y ambos partieron: éste renegando de su mala estrella, porque tras estar cansado se fatigaba al bajar por las calles del “Toronjo” y de “Tecuanapa,” y el mozo riéndose, porque le obligaba á dar un rodeo innecesario para llevarlo al cuartel donde estaban alojados Rojas y la escolta.

IX

Las cinco de la tarde, poco más ó menos, serían cuando el Capitán X..... precediendo á los suyos media hora, y seguido sólo de su asistente, hacía alto delante de la puerta de una magnífica tienda de ropa de la propiedad del rico comerciante D. Manuel Sousa, su amigo y paisano, vecindado hacía años en Huatusco. Tres días antes, al pasar por la población, Sousa le había exigido que á su regreso iría á parar á su ca-

sa. No se cuidaba de la escolta, porque ya Rojas tenía instrucciones respecto del lugar donde debía alojarse.

A las seis, á solas con el Gobernador y con el Jefe de Estado Mayor, recibía órdenes para su regreso, quedando arreglado que se llevaría en su compañía al Capitán D. Miguel Cuesta, que pasaba á Tlalixcóyam como ayudante del General D. Juan de D. Arzamendi, que desempeñaba allí las funciones de Comandante militar, y al comerciante de Cosamaloápam D. Juan Pablo Senties, que habiéndosele presentado para hacer gestiones respecto de un negocio de hacienda que tenía pendiente con el Gobierno, debía regresarse á su casa sin haber obtenido nada.

Por último, dispuso el Gobernador que saliera el día siguiente muy temprano para quedarse en Matlaluca, en cuyo punto encontraría al Comandante de escuadrón D. Joaquín Jiménez, Jefe de la caballería, á quien mandaba instrucciones particulares sobre el movimiento que debería hacer para trasladarse con él á la costa; y que el lunes pasara el camino real, haciendo que él y la tropa esparcieran en toda la extensión posible unas proclamas impresas, lanzadas por unos prisioneros franceses que quedaban en Jalapa, y en la cual daban á conocer á sus compatriotas y compañeros de armas, el trato exquisito y fraternal que recibían de parte de las tropas y del pueblo mexicano. El objeto de estas proclamas era que fueran conocidas por los soldados franceses que iban en marcha para Puebla.

Ya en los momentos de separarse, el ayudante de guardia anunció que un joven todo fatigado y polvoso pedía con insistencia permiso para hablar con el Gobernador.

—Que pase,—replicó Milán.

A poco entró el joven anunciado.

Era el mismo que había servido de guía al Capitán X..... desde "Vacas Gordas," el hijo de Molina. Ambos se reconocieron, y el joven no pudo contener el llanto al verlo.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Todos han sido asesinados!—pro-

rrumpió lleno de la más viva desesperación, pudiendo apenas articular palabra.

—¿Quiénes?—preguntó sobresaltado el Capitán.

—¡Todos! ¡Todos! ¡Mi padre, mis hermanos.....! ¡Toda la guerrilla..... toda!

Milán fijó su mirada en el pobre joven que no cesaba de llorar, y el Capitán le manifestó entonces que era el hijo del Comandante Militar de "Vacas Gordas," y el mismo que le había dado como guía desde este punto hasta "Mata Coyote."

—¡Molina ha muerto!—exclamó poseído de dolor.

—¡Sí, señor! Ha muerto asesinado, como han muerto asesinados mis cuatro hermanos y la demás gente de la guerrilla.

Hubo un momento de verdadero estupor entre todos los circunstancias, pues el anciano militar era generalmente querido.

El jóven pareció serenarse un tanto, y aunque á medias palabras refirió lo siguiente:

"Que al separarse del Capitán, tres días antes, regresó lentamente á su casa sin que nada le llamara la atención durante el tránsito, si no fué haber encontrado en los linderos del camino carretero á un antiguo guerrillero de la fuerza de Honorato Domínguez, á quien poco tiempo antes habían expulsado de la guerrilla por insubordinado, ébrio y pendenciero, y además porque ya no inspiraba confianza á los demás. Que este individuo, al verlo, había puesto su caballo á galope, corriendo en dirección á la Soledad; y que, aunque él prosiguió su camino, la vista de aquel individuo y la fuga que emprendió, le impresionaron bastante. Que esta mala impresión aumentó más al notar hacia el punto de su residencia una humareda espesa, y avanzando más, algunas llamas que salían de dentro del bosque, encontrando á poco á un guerrillero de los de su padre, herido, que pudo escapar, y el cual, casi sin poder hablar, le dijo que habían sido sorprendidos por la contraguerrilla de Dupin, conducida por el traidor á quien ha-

bía encontrado por la mañana, habiendo puesto fuego al bosque después de rodear la galera y matar á balazos á todos los que allí se encontraban, colgándolos en seguida de los árboles inmediatos. Que en el momento puso su caballo á galope para llegar tan pronto como fuera posible, y que lo que allí presencié era horrible, pues todo, galera, efectos, cadáveres, era presa de las llamas, sin haber escapado nadie.”¹

Horrible fué el relato, y causó la más profunda indignación en cuantos la escucharon. Milán, con la cabeza inclinada y los ojos inyectados, no dijo una palabra, pero se comprendía que el coraje hervía en su pecho.

—¿Qué piensas hacer ahora?—preguntó bruscamente al joven.—¿Quieres permanecer á mi lado? Seré tu padre.

—No, señor: tengo madre y poseemos bastantes bienes y recursos. He venido á avisar á vd. que desde hoy mi madre y yo levantaremos otra guerrilla á nuestro costo,—prosiguió el joven con acento terrible y con una mirada preñada de odio y de rencor, en la que se notaba una energía salvaje;—y que no habrá francés ni traidor, militar ó paisano, que tenga que esperar de nosotros más que la muerte, sin pararnos en los medios, porque todos son buenos para vengar á mi padre y á mis hermanos. Desde hoy, señor, peleo por mi cuenta hasta encontrar al infame Dupin y al traidor que nos ha vendido, y no habrá tormento para aplicárselos en pago de su infame cobardía..... ¡Ah!—continuó, lanzando una carcajada muy próxima á la demencia.—¿Quieren sangre? Pues la habrá, lo juro á Dios, y será poca la que corra al filo de mi machete. ¡Adiós!

¹ Este asalto tuvo lugar, según se pudo averiguar más tarde, entre una y dos de la mañana, es decir, tres horas después de haber salido de “Vacas Gordas” el que esto escribe. Ese mismo día y horas antes del sangriento suceso había pernoctado allí D. Francisco J. Muñoz, empleado de hacienda de la Federación, que bajaba á Tlacotalpam para recibirse de la aduana de cabotaje de dicho puerto. Molina lo invitó á que pasara allí la noche, pero él se excusó, debido á lo cual no fué también víctima de la ferocidad de aquellos bandidos.

Y aquel pobre jóven, en el paroxismo del dolor, y aguijoneado por el espíritu de la venganza, se lanzó de un salto sobre su fatigado caballo, saliendo á escape por las calles de la población.¹

—Es terrible lo que pasa;—rugió Milán con sordo acento, —preciso será tratar á esos bandidos importados entre las filas y con el uniforme del ejército francés cual lo merecen. ¡Ira de Dios!—continuó, descargando un tremendo puñetazo sobre la mesa.—¿Desde hoy haremos la guerra sin cuartel! Nos tratan como malhechores, asesinándonos lo mismo en la campaña que en las ciudades con los Consejos de guerra, pues tomemos las represalias. ¡Capitán! Mañana dará vd. órdenes á Jiménez para que desde ese momento no haga prisioneros.....²

Milán se puso de pie y sus ayudantes lo imitaron, revelando en su semblante la indignación de que estaba poseído. El Capitán se retiró á su alojamiento, donde Sousa lo esperaba para cenar.

X

Un incidente hizo que no pudiera emprender su marcha al siguiente día como estaba dispuesto. Una falsa alarma habida en las primeras horas de la mañana, dió por resultado que la brigada toda se pusiera en marcha violentamente

¹ El descarrilamiento en “Roca Partida,” del tren que pocos meses después bajaba á Veracruz, conduciendo además de algunos pasajeros, soldados y oficiales franceses, fué la consecuencia del incendio y asesinatos de “Vacas Gordas.” La represalia fué horrible, pues luego que el tren quedó descarrilado un vivísimo fuego de fusilería, que partía de las alturas, causó la muerte de casi todos los que en él iban. Teníase la seguridad de que Dupin bajaba en el tren, pero desgraciadamente se había quedado en el camino hasta dos días después que bajó, embarcándose para Tampico, de donde más tarde tuvo que salir en son de fuga también.

² Ya se verá más adelante que los mismos resultados produjo la inicua é infame ley de 3 de Octubre, en la costa, durante el Gobierno militar del General D. Alejandro García, haciéndola suya los republicanos para contrarrestar sus efectos.

hacia la "Barranca de Jamapa," y el Capitán X... con su fuerza dió escolta al Gobernador, retirándose éste ya muy avanzada la noche.

Había aparecido, bien á lo lejos, por el rumbo de "Monte Blanco" una columna de la "Legión Extranjera," y el Comandante militar que se encontraba en el camino, y creyó que se dirigía á la población, lanzando el grito de ¡el enemigo! á la vez que corría desaforadamente en su caballo; provocó una salida tan inútil como fatigosa para las tropas republicanas.

Las órdenes de la primera autoridad del Estado fueron puntualmente ejecutadas, con algunas modificaciones que á última hora creyó oportuno hacer.

El Capitán X..... al llegar al siguiente día á Matlaluca, donde encontró al Comandante Jiménez con sus ochenta caballos, recibió un pliego cerrado, incluído dentro de los que él mismo entregó al referido Jefe; y como consecuencia de lo que en él se le ordenaba, en la mañana siguiente prosiguió su marcha rumbo á la costa, deteniéndose unos instantes, conforme á las instrucciones nuevamente recibidas, en el verdadero punto de "Vacas Gordas," para tomar informes respecto de la viuda de Molina: allí apenas pudo averiguar por referencias de los contristados colonos, que después de la catástrofe, tanto ella como su hijo, se habían marchado para Paso del Macho y Córdoba, donde tenían propiedades y otras clases de valores; y que así el anciano como sus hijos y los demás guerrilleros asesinados, habían sido sepultados, recogiendo algunos efectos que se escaparon al incendio, los cuales fueron enviados á Cotaxtla para su venta; y por último, que antes de su salida había dicho que la esperaran *para entrar de nuevo en campaña*.

No pudiendo adquirir más noticias, continuó su camino hasta Paso de Santa Ana, dejando organizado el servicio de cordilleras que ya existía antes hasta el Cocuite y Tlalixcáyam. Desde Santa Ana dirigió una comunicación al Coronel Laz-

cano, incluyéndole otra del Gobernador, que encontró dentro del pliego cerrado que recibiera en Matlaluca; y hecho esto, con gran pena de Rojas y de los soldados, y no poca de Prudencio, los primeros se dirigieron á Tlacotalpam, en tanto que él, seguido de su fiel asistente, volvió á su punto de partida, esto es, á Matlaluca, avisando secretamente á las autoridades de Cotaxtla, de Cueva Pintada, del mismo Cocuite y de Paso de Santa Ana, que estuvieran prevenidas pues de un día á otro debería pasar el Coronel Milán con una sección de infantería. Al pasar por Cuyucuenta, en cuyo punto encontró á Escobar, le previno de orden superior que estuviera pendiente, cerca de "Paso del Muerto," para sostener la travesía de la referida fuerza, procurando ponerse fuera del alcance de Dupin.

Esta última recomendación era bien inútil, pues el gran bandido no se permitía, después de su hazaña en el bosque de "Vacas Gordas," salir de su guarida de la Soledad: tuvo noticias ó sospechas de lo que intentaba la viuda de Molina, y ese monstruo, amparado del uniforme del ejército francés, al que deshonoraba con sus latrocinios y asesinatos, tenía miedo y temblaba ante la venganza de una débil mujer.

Por diligente que el Capitán X..... anduvo para el desempeño de todas estas comisiones, su regreso al lado de Jiménez no se efectuó sino hasta el 28 de Abril.

Un incidente que comenzó por ser cómico, pero que pudo concluir de una manera trágica, fué causa de la pérdida de más de cinco horas el día que salió de Matlaluca.

Como se recordará, el referido Capitán llevaba en su compañía á Cuesta y á un comerciante de Cosamaloápam, y conforme á las órdenes de Milán, al pasar el camino carretero debía esparcir en toda la extensión posible sobre la vía las proclamas que habían publicado en Jalapa unos prisioneros, para que las tropas expedicionarias las recogieran y leyeran á su paso. Durante el camino andado, el comerciante no cesaba de quejarse de su mala suerte, por cuanto no había con-

seguido el objeto que se proponía: el oficial refería sus hazañas en "El Borrego" y en "Barranca Seca."

Ya sobre el terreno, X..... hizo alto, sacó de su maletín el rollo de proclamas, y explicó á sus compañeros el uso á que estaban destinadas.

—¡Paisa!—exclamó el consternado comerciante, pálido como un difunto.—¡Si yo sé que trae vd. *eso*, no vengo, porque si nos *cogen* nos cuelgan sin remedio!

A pesar de tan enérgica protesta y de tan fúnebre pronóstico, que más parecía un reproche ó una triste reconvención, el Capitán dispuso que él y Rojas, marchando en sentido opuesto sobre la vía, arrojarían indistintamente los impresos, tal como se le había ordenado.

El Capitán Cuesta, adolorido aún de un buen batacazo que había recibido la tarde anterior en Matlaluca, al pretender ginetear un novillo, se plantó fieramente, pistola en mano en medio del camino para cuidar á sus compañeros—dijo—aun cuando estaba del todo desierto el camino hasta donde la vista alcanzaba; y la escolta y el guía, pasando al lado opuesto, quedaron en espera para proseguir la marcha después.

—Mi Capitán—dijo de una manera apenas perceptible el Alferez Rojas á tiempo que recibía sus proclamas.—¡Qué bueno fuera darle un susto al compañero comerciante que tanto *chilla!* ¿Quiere vd?

—Bueno.—Respondió X..... en el mismo tono de voz.

Y ambos se separaron, yendo Rojas hacia la izquierda y X..... á la derecha, al paso de los caballos.

El comerciante y aun Cuesta se *hacían todo oídos y ojos*, vigilando la marcha de los dos oficiales, de pie sobre los estribos. De repente, cuando todos estaban más atentos á la marcha de aquellos, Rojas volvió violentamente su caballo, é hincándole las espuelas, se dejó venir á toda rienda.

—¡La caballería! ¡La caballería!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Aquello fué un *salvese quien pueda*.

Cuesta, Senties, la escolta, el guía, todos corrieron atravesando la llanura, para ponerse fuera del alcance del supuesto enemigo. A los gritos de Rojas y de X..... que trataban de detenerlos, la escolta hizo alto, pero no así los primeros, que huían á todo escape, yendo por delante y con mucha ventaja el comerciante, ¡quien fustigaba sin piedad á su vieja y demacrada cabalgadura.

Por fin hicieron alto también.

—Son novicios y no están *fogueados* como nosotros,—dijo compasivamente Cuesta, señalando á los de la escolta, que se mostraban como avergonzados, y atusándose bravamente el bigote. Yo trataba de detener al compañero Senties, pero....

—Pero vd. huía también, *paisa*..... —interrumpió el aludido con muestras de mal humor.

—Ya nos pasó á todos el susto,—concluyó X..... sonriendo—ahora, en marcha: prosigamos nuestro camino.

Entonces echaron de ver que el guía había desaparecido.

El Capitán, contrariado, lanzó un voto muy peculiar en él cuando estaba irritado.

—¡La *efereunefrun*..... *paisa!*—ahulló el comerciante, rascándose con ambas manos la cabeza.

—Ni falta que hace, compañero,—dijo resueltamente Cuesta, aprovechando la oportunidad para que cesara la ridícula posición en que se encontraba.—¡Bah! Soy *chaneque* de estos caminos, que he andado muchas veces con mi General Llave, después de la sorpresa del "Borrego." Siganme todos.

Y poniéndose á la cabeza del grupo, rompió la marcha.

Dos horas habían pasado, cuando el Capitán X..... hizo alto, y consultó su reloj.

—Son ya las doce,—dijo secamente—y á esta hora deberíamos estar en Cotaxtla, ó cuando menos en Cueva Pintada..... creo que hemos perdido el camino.

—Bien quería *Arrogante* pasar por entre los dos *montecitos*; pero el *señor* dijo que por ahí no,—murmuró Prudencio de modo que se oyera.